

copal del Papa le produjo donativos por valor de tres millones de francos.

El celebrado hace cinco años dió á Su Santidad 7 millones.

## LOS ENEMIGOS DE LA IGLESIA.

¿Quiénes son los que niegan la existencia de Dios? Los que no pueden oír pronunciar su nombre sin demostrar el terror que este nombre les inspira. Y ¿qué son esos hombres que tienen miedo de Dios? Son esos que tiemblan y se ocultan de la guardia civil.

¿Quiénes son los que se revelan contra el dogma de las penas eternas? Aquellos que por su audacia y excesos demuestran más claramente la necesidad de las penas referidas y que les convendría que esos castigos no existiesen.

¿Quién dice que la Religión rebaja al hombre? El que cree que desciende del mono, que tiene al animal por hermano, la casualidad por dueña y maestra, las pasiones más criminales por regla, la nada por destino.

¿Quiénes son los que hablan continuamente de progreso? Los que quisieran volvernos al paganismo, exaltando sus tiranías, locuras y desenfrenos, y ponen á la vista de la juventud espectáculos que los mismos paganos hubieran rehusado á sus hijos.

¿Quién acusa á la Iglesia, maestra de las naciones, inspiradora de las artes, civilizadora del mundo, de ser enemiga de las luces? Aquellos que por todos los medios de que disponen, la hipocresía, la calumnia y la fuerza, la impiden que se muestre, hable y eduque.

¿Quiénes son los que reclaman á voces la difusión sin medida de la ciencia? Aquellos que llenos de orgullo, que pretenden saberlo todo, rechazan toda enseñanza que no venga de ellos; como si fuera del círculo que ellos ven, no hubiese nada verdadero, útil y real.

Quiénes hablan de abnegación por el pueblo y se apiadan en sus libros de los desheredados? Los que ponen toda clase de obstáculos ó las obras de caridad instituidas por la Iglesia para aliviar las miserias, no privándose ellos de ninguno de los gozes de la vida.

¿Quiénes son los que rechazan á la Iglesia so pretexto de que rebaja el espíritu imponiéndole prácticas que ellos consideran ridículas? Aquellos que consultan en secreto á sonámbulos, no se atreven á sentarse en una mesa cuyo número sea trece, ni principiarían por nada del mundo un trabajo en martes.

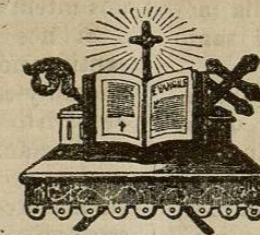
¿Quiénes son los que dicen que todas las religiones son buenas? Los que no practican ninguna y toleran todos los cultos, persiguiendo con odio la religión católica, por ser la única que no puede aprobar la vida sensual.

En general ¿quiénes son los enemigos más encarnizados de la Iglesia? Los ignorantes, que no han estudiado nunca la religión y que combaten sin saber ni conocer lo que atacan apoyándose en doctrinas que no son de la Iglesia ó en hechos que se han desnaturalizado. Un poco de catecismo, de filosofía y de historia les ayudaría á razonar con más lógica; á éstos se dirigía Pascal cuando decía: "que aprendan siquiera la religión que combaten, antes de combatirla." Los orgullosos, que no queriendo someter su propio juicio, pretenden no creer más que lo que ven, y miran con desdén á los que admiten los dogmas de la Religión. Los sensuales que quieren gozar sin estorbos. Los ladrones, más ó menos ocultos que no quieren restituir. Los cobardes y los tontos, que temen á la burla y no se atreven á obrar de distinto modo que los demás.

Examinemos y estudiemos á esos hombres que se muestran como enemigos de la Iglesia, y veremos cómo pertenecen á alguna de las categorías que acabamos de indicar. Por consiguiente, es prudente, digno, razonable, escucharles y dejarse guiar por ellos?

# COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Aut. Imp. de N. Parga. --D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, MARZO 22 DE 1894.

NUM. 54.

## SECCION III.---VARIEDADES.

### A nuestros muy amados compañeros y hermanos los Sacerdotes Católicos.

En lo que vamos á expresar, procuraremos exponer con la claridad posible, la doctrina acerca de la santidad sacerdotal, los medios que deben adoptarse, los motivos que á ello obligan y las razones generales y de actualidad que deben servir de estímulo á trabajar sin descanso, á fin de conseguir la perfección de nuestro estado y la salvación de las almas.

Las necesidades actuales de la Iglesia, nuestra madre, son apremiantes; cuyo remedio, después de Dios, está encomendado á los sacerdotes. Vosotros, amados compañeros, que emprendisteis la carrera en el ejercicio de las graves y nobles funciones del sacerdocio, parece ser que estais llamados en primera línea á contribuir con prudente celo al remedio de tantos males.

Un vasto campo se ofrece á vuestra vista, en donde, como operarios del Gran Padre de familia, podéis cosechar con abundancia. No desmayéis ante las dificultades; el desaliento en estos casos es condición de los cobardes. Fuertes y ani-

mosos con el auxilio divino, estad en la persuasión de que lograréis separar el trigo de la cizaña, ofreciendo ópimos frutos, con lo cual mereceréis bien á los ojos de la sociedad, gran de estima en la Iglesia, y las bendiciones de Dios.

Si el presente ofrece dificultades y exige sacrificios, el porvenir será de descanso y de grandes consuelos.

Luchemos en tan noble lid, pues de nuestra parte están la verdad y la justicia; que si hemos de ser coronados de gloria, primero hemos de entrar en la batalla.

*Non coronabitur, nisi qui legitime certaverit.*

#### I

*Motivos de gran esfuerzo para la santificación y celo.*

La época que atravesamos, las circunstancias que nos rodean y el estado actual de la Iglesia, se distinguen por un doble carácter digno de estudio, á fin de conocer bien las múltiples necesidades que reclaman del sacerdote santidad y celo. En efecto; de una parte las sectas impías atacan al catolicismo con una tenacidad satánica que no perdona medio, juramentándose para destruir, en lo posible, la fé que resta entre nosotros. En otra parte presenciamos, no sin grandí-

erse, y Santo Tomás asegura que el ejercicio de la oración, sobre ser calor que templó el alma y la predispone para todo lo bueno, es la mejor preparación para predicar la palabra divina. *Ex plenitudine contemplationis, dirigitur praedicationis.* Y como la vida del sacerdote ha de ser conforme á la vida de Jesucristo por imitación, y la vida mixta de contemplación y acción fué la del Salvador, de aquí que el sacerdote ha de santificarse mediante lo uno y lo otro, sin poder separar la contemplación de la acción que son inseparables, á menos que se coloque en gran peligro, como dice S. Dionisio.

Por la oración mental percibimos todo aquello que es objeto de fé y que pertenece al mundo invisible como si lo tuviésemos presente, y el mundo futuro como si ya lo tocásemos. *Invisibilem tanquam videns sustinuit,* dice S. Pablo. Cuando el sacerdote se da al ejercicio de la oración, su predicación es más eficaz para la salvación de las almas. El confesonario á donde acuden los fieles, ya para lavar las manchas de sus culpas, ya también para purificarse más y más y recibir del sacerdote instrucciones y dirección que los lleve por la senda de la virtud, es otro medio no menos provechoso al sacerdote para la propia santificación. En efecto, si oye como representante de Jesucristo la confesión de una alma arrepentida que llora los extravíos de su vida pasada, si escucha á otra que le demanda instrucción para poder abrazarse con los consejos evangélicos y por este medio avanzar más hacia la cima de la santidad, aprende con tal ocasión á llorar sus propios pecados, ejercita la caridad consolando al afligido y se afianza en la misericordia de Dios, piéliéndole no le deje caer en semejantes miserias. Cuando oye á esas otras almas puras y ve en ellas el cuidado y esmero en rechazar las más ligeras faltas y que con tanta generosidad sirven á Dios, se estimula á evitar con todo ahínco sus imperfecciones, que hasta

entonces habían pasado sin apercibirse de ellas.

Por fin: todos los ejercicios de su ministerio, que le exigen continuos actos de abnegación y de caridad por estar consagrado al bien de los prójimos, son otros tantos recursos que debe utilizar en provecho propio.

Tampoco hemos de olvidar lo mucho que puede sacar de la predicación de la palabra divina, en cuyo ejercicio habla como legado del mismo Dios.

Más tenga presente que, al ocupar la cátedra del Espíritu Santo, debe huír de esa elocuencia vana que hincha y engríe con notable perjuicio de los oyentes. Mas por el contrario, debe usar un lenguaje claro y sencillo, que al mismo tiempo sea digno, á fin de que aproveche á los fieles y así mismo. Prepárese, como lo hacían los santos al pié del Crucifijo, acompañado de un deseo sincero de hacer bien á las almas, y con la seguridad de que no es el que más dice el que más hace, sino *ille plus dicit qui plus facit.*

## IV

*Medios prácticos de santificación.—Las devociones.*

La Sagrada Eucaristía es el tesoro y la gloria del Eterno Padre; es la fortaleza del espíritu y la vida de las almas. El sacerdote debe estar siempre unido por amor á la Eucaristía, visitar con frecuencia á Jesús en los tabernáculos y considerarle allí como el que espera á su amigo á todas horas, ansioso de prodigarle consuelos. Si en la celebración de la Misa Jesucristo nos visita con su presencia real y asimismo entra en nuestra alma, en fiel correspondencia, debemos visitarle en sus templos y altares con el respeto y adoración que es debido al mismo Dios; procurando que otros lo visiten, contraponiendo nuestra piedad á los desvíos é irreverencias que sufre en los sagrarios en donde vive encerrado por nuestro amor. Si donde está nuestro tesoro está nuestro corazón, el tesoro más amado del sacerdote debe ser la Eucaristía y

en ella por tanto debe tener puesto su corazón. La visita al Santísimo Sacramento por la tarde, ora sea en el templo en donde está espuesto á la pública adoración, ora en otro cualquiera que esté oculto en el sagrario, ha sido y es la práctica de los santos y de los sacerdotes piadosos que desean fomentar el buen espíritu y su santificación.

Es muy común servirse para esta visita, del precioso libro escrito por S. Alfonso María de Ligorio, hoy tan extendido hasta entre seglares y que difícilmente se encontrará otro tan adecuado; razón por la cual lo recomendamos á todos, pues en él se halla unción y suavidad que comunica á la alma del que con atención lee las oraciones que pone para cada día al propósito de visitar al Santísimo Sacramento.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es otro de los medios prácticos de santificación y de hacer bien á los prójimos

Entre las promesas que Jesucristo hizo á su sierva la B. Margarita en una de sus apariciones, se halla una que hace relación á los Sacerdotes especialmente. Es la siguiente: "Todos los que trabajen en la salvación de las almas tendrán la gracia de mover los corazones más empedernidos, consiguiendo un éxito admirable si llegan á penetrarse de esta tierna devoción". Bien es verdad que no se puede separar el Sagrado Corazón de la Eucaristía, por ser el grandísimo dón que nos ha otorgado y por el que el mismo Corazón se nos dá.

La devoción á María Santísima, Madre de Dios, parece ser un signo nada equivoco de predestinación. Mucho pudiéramos decir acerca de esto sino nos hubiésemos impuesto el deber de hacer un opúsculo sencillo al par que suscito, apuntando, y nada más, los medios y los motivos de santificación para el sacerdote. Por lo tanto, no dudamos que esto será más que suficiente para que se dé un lugar de preferencia á la devoción de la Virgen después de las arriba indicadas; y que el Santo Rosario, que tan enriquecido está con indulgencias y tan recomendado, en-

trará á formar parte de los medios prácticos de santificación del sacerdote.

## V

*Motivos de grande aliento.*

Redoblad vuestro celo, sacerdotes de Jesucristo, y al mismo tiempo llenos de confianza. En presencia de tantas dificultades como á cada paso se ofrecen para todo lo bueno, lo noble y lo santo, con relación á nosotros y por lo que mira á los prójimos, debe servir de fortaleza lo que nos dice el Maestro celestial: *Confidite, ego vici mundum.* Estad bien seguros que en la Eucaristía en la que está Dios y vive con nosotros, poseemos un tesoro inapreciable de expiación, una fuerza incalculable de atracción y un poder irresistible. Reanimad vuestra fee apoyada en el poder que el mismo Cristo os ha dado y en las promesas que tiene hechas á su Iglesia; y esto no obstante, rogue-mos por la salvación de la sociedad tan combatida por todas partes. Clamemos al Señor: *Sálvanos que perecemos.* La Santa Iglesia nuestra madre os llama á trabajar, trabajad con fé. Hoy más que nunca se necesita abnegación y confianza. La experiencia nos enseña que todas las obras de piedad y de celo en general, con la acción perseverante del sacerdote, llegarán á dar un resultado consolador. Ha llegado el día de orar con lágrimas y de trabajar sin descanso.

Gloriosísima es la empresa, al par que trabajosa; más el premio reservado á los valientes y á los que trabajan para el reinado social de Jesucristo, es de gran entidad; ambicionemos tal recompensa, pues es mayor la que espera al sacerdote celoso, de lo que podemos imaginar. Un profeta del Señor nos lo anuncia: *Fulgébunt quasi stellae in perpetuas aeternitates*

## CONSIDERACIONES.

## 1.ª

*Celo del sacerdote por la gloria de Dios.*

*Glorificate et portate Deum in corpore vestro, (1.ª ad. Cor. 6).*

1.ª Jesucristo encendido en admirable

simo sentimiento de nuestra alma, la decadencia en las creencias, aún entre aquellos al parecer más fervientes hijos de la Iglesia, cuya conducta es cada día ménos ajustada á las máximas del santo Evangelio.

Las fuerzas del espíritu se enervan, debilitadas bajo el peso abrumador de las tres concupiscencias. Todo en nuestros días conspira contra el bién; y las masas populares se ven arrastradas por una fuerza superior de halagos y promesas materiales que fascinan y oscurecen la mente de la inmensa mayoría, si exceptuamos un reducido número de almas templadas al calor vivificante de la oración, las cuales en presencia de la impiedad se esfuerzan más y más á ofrecer á Dios el sacrificio de sus vidas, si necesario fuese, en expiación de tantos males.

Para los que no sienten en sí mismos tan vigoroso espíritu, la debilidad y la tibieza en que se hallan, es una consecuencia natural del trato y comunicación con los impíos y de los medios de perversión que estos emplean. Desgraciadamente hemos alcanzado á unos tiempos por demás lamentables, en que la verdad católica se persigue y se oscurece para que su luz no alcance á esclarecer la inteligencia de los hombres.

Después de diez y nueve siglos de cristianismo, que han producido tantos sábios, santos, mártires y apologistas, á impulso del más bárbaro sensualismo, parece que la sociedad retrocede en el estado en que se hallaba cuando los apóstoles la conquistaron para Dios y la iluminaron con la predicación del Evangelio. Pero este estado de cosas que á primera vista impone y espanta, en vez de desalentarnos, debe servirnos de estímulo para hacer mayores esfuerzos é hincapie en la propia santificación y celo por la salvación de las almas.

Y podremos contentarnos, tratándose de la santificación de las almas, comenzando por la nuestra, con hacer lo que estaríamos obligados á practicar en tiempos más felices de paz y de prosperidad

para la Iglesia, cuando nuestros adversarios se agitan y no perdonan medio en sus ataques para llevar á cabo sus depravados intentos?

Si nos concretamos á nuestra propia santificación ¿de dónde hemos de sacar aliento y celo para trabajar en la viña de Jesucristo? Os diremos con San Gregorio Nazianzeno, que es un vicio en el sacerdote no aspirar á ser en virtud y ciencia más aventajado. "*Vitium esse... non esse optimum.*" A este propósito agrega San Bernardo: "*Minime est bonus qui melior esse non vult; et ubi incipis nolle fieri melior, ibi etiam desinis esse bonus.*"

Sí, carísimos hermanos; la situación actual de la Iglesia en que vivimos tiene mucho de anómala; sus necesidades cada día se aumentan; pero los múltiples males que nos rodean y la sociedad descreída y aletargada por los placeres, exigen de nosotros una santa valentía, apoyada en la gracia del Señor. Comencemos á santificarnos con más empeño, como á ello estamos obligados.

## II

*Fundamento de la santidad.—Grandeza del carácter sacerdotal.*

La medida y el fundamento de la santidad á que está obligado el sacerdote, es sin duda la grandeza misma del carácter que en la sagrada ordenación se le ha comunicado. La consideración de esta grandeza es el primero de los motivos que debe determinarle á emprender la obra de su santificación. Considerando el sacerdote su alta y encumbrada dignidad, aprende á conformar su vida y sus acciones con el preciosísimo modelo, Cristo nuestro bien. S. Ambrosio resume esta doctrina en breves palabras: "*Necesse est ut dignitas sacerdotalis discatur á nobis, et sic deinde servetur á nobis.*" Por el carácter sacerdotal, Jesucristo, dechado de toda santidad, ha contraído con el sacerdote una alianza que tiene cierta analogía

## III

*Medios que el sacerdote encuentra en su mismo estudio para llegar á la santidad.*

Con la elocuencia y elegancia que le es propia, el Cardenal Manning consagra tres artículos muy consoladores para los sacerdotes, en los que prueba el aserto de este capítulo. Nosotros resumiremos lo que el distinguido é ilustre purpurado dice, y en cuanto nos sea posible, usaremos de sus mismas palabras.

Primeramente, el sacerdocio por sí mismo constituye un constante retiro, que viene á ser una salvaguardia contra el mundo y su espíritu de disipación.

Por esto el sacerdote está en condiciones de levantar su corazón á Dios frecuentemente, toda vez que, alejado del bullicio, vive consagrado únicamente al servicio del Señor. Las funciones y deberes que le incumben como á tal sacerdote, son también auxilios poderosos que puede y debe utilizar en pro de su alma. La santa misa y la comunión que en ella recibe, le ponen en contacto y comunicación directa con Jesucristo, y le suministran un medio superior con el cual el alma se sobrepone á todo lo terreno. En el altar hablamos con Dios, y El nos responde con esa habla interior cuyos ecos se oyen en el corazón; palabra tan dulce y suave que solo percibe el que bien dispuesto se alimenta de ese divino Sacramento. La Santa Misa lo encierra todo. *Nutrit, preservat, reparat, delectat et auget.*

El oficio divino es otro de los medios de santificación. Por él siete veces al día somos llevados á tomar asiento entre los espíritus angélicos y de todos los moradores del Cielo, y unimos nuestros acentos, que son los de la Iglesia militante, con los coros de la Iglesia triunfante, dando gloria á Dios y cantando sus alabanzas.

La oración mental á que está obligado el sacerdote, es otro medio eficazísimo que todos los santos emplearon para santifi-

con aquella otra que une la naturaleza humana á la persona del divino Verbo. Jesús ha confiado á su ministro un poder prodigioso sobre su sacratísimo cuerpo para producirlo en su ser eucarístico; y sobre su cuerpo místico constituido de fieles, para instruirlos, perdonarles los pecados y comunicarles la gracia. En fin, el mismo Jesucristo dá á los actos del sacerdote una eficacia tal, cuando se emplea en los ministerios que se relacionan con los prójimos, que, según éste sea santo ó nó, resultará para un gran número de almas la vida ó la muerte eterna.

Motivo es este que obliga fuertemente al eclesiástico á hacerse santo para no poner obstáculos á la gracia de Dios, la cual como por un canal se comunica á las almas. Los sacerdotes, dice el Cardenal Manning, destinados á vivir entre seculares para la salud del mundo, lejos de pertenecer al Mundo, por esta razón deben ser más espirituales, por lo cual deben ser entre los hombres los menos seculares y deben distinguirse de los demás por la gravedad, celo, piedad y decoro á que estan obligados por su carácter. La santidad que debe resplandecer en el sacerdote por su elevada dignidad, ni debe tener igual, ni reconocer límites, como afirma San Gregorio Nazianzeno con estas palabras: *Nullam ascensus aut deificationis mensuram agnoscant;* por lo cual es un error funesto de muchos, creer que, habiendo salido del seminario en donde han seguido la carrera literaria con más ó menos aprovechamiento, ha terminado la labor de su formación en virtud y letras, que sin interrupción deben continuarse por mucho tiempo, so pena de olvidarse lo poco que aprendieron en las aulas, y lo que es más grave todavía, de perder por completo el poco espíritu eclesiástico que adquirieron en los años juveniles para ser directores prudentes y experimentados.